

## ***POLICRISIS: DE LA CRISIS DE LA IZQUIERDA A UN NUEVO PROYECTO. DISCUTIENDO CON MARISTELLA SVAMPA***

**José Maurício Domingues<sup>1</sup>**

DOCTOR EN SOCIOLOGÍA POR LA LONDON SCHOOL OF ECONOMICS AND POLITICAL SCIENCE  
PROFESOR TITULAR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES Y POLÍTICOS (IESP-UERJ)  
INVESTIGADOR ASOCIADO AL OBSERVATORIO INTERDISCIPLINARIO DEL CAMBIO CLIMÁTICO (OIMC)

1 Traducido por **Morena Vieira**.

I

Maristella Svampa es una intelectual argentina, con proyección en América Latina y más allá. Inició su carrera como autora con la publicación de su tesis doctoral sobre un tema tradicional en Argentina, es decir, la célebre oposición entre civilización y barbarie introducida en el siglo XIX por Domingo Faustino Sarmiento. A partir de ahí analizó la sociedad argentina urbana, desde los barrios cerrados de lujo hasta los “piqueteros” – incluyendo un útil libro-síntesis sobre su país. Más adelante, se dedicó a América Latina y viene involucrándose con las cuestiones ambientales y climáticas locales y globales. Su libro más reciente es *Policrisis. Cómo enfrentar el vaciamiento de las izquierdas y la expansión de las derechas autoritarias* (Siglo XXI, 2025). Es este el libro que discutiremos aquí.

En realidad, el libro tiene un título que es parcialmente verdadero, ya que su tema principal es la cuestión del cambio climático y, en menor medida, las alternativas concretas en el mundo rural o ribereño, menos los proyectos de izquierda – o la falta de ellos – de manera más general. Se trata de un trabajo diagnóstico y propositivo. Presenta muchas virtudes, la primera de las cuales es poner en discusión el vaciamiento de la izquierda – que en el caso argentino se define en gran medida como “progresismo” –, de forma osada, aún más en un país en que el peronismo y en especial el kirchnerismo tienen tanta fuerza, incluso la capacidad de aislar a quienes discuerdan, lo que Svampa viene evitando, en asociación con otros intelectuales críticos. El libro evidencia, por otro lado, algunas limitaciones bastante agudas. Esto se debe a un déficit de teoría social en su diagnóstico y a un recorte problemático en las soluciones que propone. De todos modos, nos obliga a pensar, lo que no es poco, en un contexto global, latinoamericano y, en nuestro caso, brasileño, de vaciamiento del debate y de ideas que realmente sean transformadoras. Pensemos entonces con Svampa.

Empecemos por la teoría. El concepto que debería sustentar su diagnóstico es el de “policrisis”, que, desde la pandemia, desde la derecha a la izquierda, viene circulando como clave interpretativa para el presente. Svampa la define como una “crisis múltiple” que entrelaza el calentamiento global, las desigualdades sociales, la crisis de los cuidados, el desplazamiento de poblaciones, la

crisis energética, los conflictos bélicos, el riesgo nuclear, la amenaza de nuevas pandemias, la posibilidad de que la inteligencia artificial se aplique de forma descontrolada, la expansión de las fuerzas de la “ultraderecha” y la erosión de las democracias, conformando un contexto en el que lo que se plantea es una *crisis civilizatoria* que va más allá de la “suma de los factores”. En realidad, estas dinámicas se cruzan, potenciándose y proyectando un escenario de mayor incertidumbre, llevándonos al borde de una “tormenta perfecta” (que luego expresa de maneras ligeramente diferentes – por ejemplo, hablando de colapso ecológico y, al final del libro, incluso de la consolidación del patriarcado y del belicismo). Se trata de adoptar una perspectiva “multiescalar”. En el libro, ella se ocupa sobre todo de la crisis “socioecológica”, del agotamiento de los “imaginarios emancipatorios” y de la expansión de las “extremas derechas”. En suma, es como si el mundo estuviera realmente al borde del precipicio, sobre todo si se tiene en cuenta – aunque esto no estuviera enumerado como parte de la “policrisis” – ese agotamiento del “imaginario emancipatorio”, que ofrecería soluciones, si bien ella le da centralidad a ciertas “narrativas contrahegemónicas”.

El problema, para empezar, es que Svampa no nos presenta en ningún momento lo que debería entenderse como una “crisis”. Obviamente, esto se complica al pasar de una crisis a una “policrisis”, en la medida en que los nexos causales y de retroalimentación entre las diversas crisis no son señalados. Como se sabe, “crisis” es un término oriundo de la medicina, que se refiere al estado de agudización de una enfermedad que antecede a su resolución, en una dirección negativa o positiva para el organismo afectado. Es verdad también que Edgar Morin y Anne Brigitte Kern definen, en verdad ya de manera vaga, en su *Tierra Patria* (1993), la “crisis” como el aumento de las incertidumbres, de las rupturas de la regulación y del aumento de las retroalimentaciones negativas, pero no son capaces, en la rapidez de su argumento, de mostrar cuáles serían las interrelaciones entre las diversas crisis en la formación de lo que identifican como “policrisis” (una de las cuales, la del crecimiento poblacional, que ya ha sido refutada). Muchos estudios sobre la crisis contemporánea adoptan objetivos semejantes a los de Svampa y tienen la misma dificultad para entender los procesos contemporáneos; muchos, por cierto, recurren a la famosa – a estas alturas demasiado famosa, quizás – frase de Antonio Gramsci sobre los “interregnos”. Es decir, apuntan a fases de inestabilidad y al surgimiento de monstruos en un momento en que lo viejo languidece y lo nuevo no logra surgir. Svampa evita esa frase, presumiblemente por cuestiones de estilo – evitar la repetición de ese tropo retórico – o porque su diagnóstico sea más radical en relación a la propia crisis. Sin embargo, permanece la dificultad de señalar los nexos causales entre las dimensiones de la “policrisis”. En realidad, Svampa devalúa su concepto al sugerir que está compuesto de “múltiples crisis”, lo que le quita su posible especificidad. Lo que queda es una salida de la pandemia en la que se verifica claramente el regreso del Estado y las agendas nacionales, sin que se haya producido un cambio más profundo – seguimos con el *business as usual*.

Antes de abordar el diagnóstico más sustancial de Svampa sobre la coyuntura actual, vale la pena sugerir desde ya una conceptualización alternativa. Volveremos a ella al final de este comentario. Me parece más productivo pensar – como he propuesto en un cierto número de publicaciones – que estamos transitando de una fase de la modernidad a otra. La modernidad es una civilización que incluye en su constitución el capitalismo, el Estado racional-legal, el patriarcado y, en la práctica, jerarquías raciales, una gran individualización y una definición cosificante y muy específica de lo que sería el mundo material – la “naturaleza” –, así como un imaginario en que la “libertad igualitaria” tiene un lugar destacado, articulada de diferentes maneras e imposible de realizarse plenamente dentro de sus marcos institucionales. Estos elementos y las relaciones entre ellos se modulan a lo largo del desarrollo de la modernidad – existente como tal desde finales del siglo XVIII –, de hecho, en sus diversas fases. De una fase liberal-colonial, se pasó a una posterior donde la fuerza organizadora era el Estado, y luego a otra en la que predominó el neoliberalismo (junto con, al mismo tiempo, la expansión de las “redes” como mecanismo de coordinación social).

Hoy pasamos a una nueva fase. El neoliberalismo se demostró incapaz de responder a los problemas económicos, con la crisis de 2008, y la pandemia, mientras que desde los años 1970 – aunque América Latina fuese en dirección contraria, democratizándose, lo que ya se ha revertido – se produce una reoligarquización de los sistemas políticos en Europa y Estados Unidos (la “ola” democrática en otros lugares nunca fue más allá). El liberalismo global que domina totalmente desde la caída de la Unión Soviética enfrenta también enormes impases, como la guerra en Ucrania y el genocidio en Gaza, así como la guerra civil en la República Democrática del Congo (aunque estos últimos tengan precedentes recientes terribles) y la emergencia de China. La respuesta clara ha sido un retorno masivo del Estado, ya sea a través de la política industrial, mayor endeudamiento, aranceles etc., como también mediante el rearme. Esto no debe ser visto, sin embargo, como un fenómeno que restrinja la mercantilización de todo (como el cuidado); todos los problemas y crisis siempre se presentan como oportunidades para el capital. El propio Estado hoy, más allá del Consenso de Washington, crea nuevos vínculos con el capital financiero, cuyo predominio, al mismo tiempo, se ha reducido en los últimos años (¡excepto en Brasil, por supuesto!). Otros fenómenos acompañan esta transición, incluyendo la expansión de identidades individuales y colectivas altamente defensivas (debido a inseguridades y pérdidas de diversas fuentes, el “otro” aparece y se vuelve aún más un verdadero infierno) y una epidemia de soledad (que desemboca en una recesión sexual), en particular en el hemisferio occidental, pero de manera más generalizada (por ejemplo, en Japón), sin que los problemas sociales y ambientales dejen de interesar a las personas. El neoliberalismo como tal, si no está muerto, atraviesa profundas mutaciones, que se volverán más evidentes cuando finalmente completemos la transición hacia esta cuarta fase de la modernidad y

se establezca un nuevo patrón. Paralelamente, la reoligarquización y la dominancia de políticas sociales focalizadas siguen vigentes en todo el mundo (incluso en la China cada vez más autocrática, en donde la pobreza ha disminuido, pero la desigualdad se ha expandido brutalmente).

La pandemia y el cambio climático se presentan así, en gran medida, como elementos exógenos a los procesos internos de desarrollo reciente de la modernidad, aunque se deba relativizar la separación entre “sociedad” y “naturaleza”. Las pandemias son recurrentes en la historia humana (la tesis de que han aumentado en la modernidad no se corresponde con los registros históricos), mientras que, si bien una crisis climática viene gestándose desde los inicios del capitalismo (en realidad, desde hace más tiempo, desde la revolución neolítica) su materialización es todavía incipiente. Vivimos, en realidad, una emergencia que todavía no se ha concretado de forma plena y no deriva directamente de las configuraciones de lo que se puede caracterizar – tema que se discutirá más adelante – como la tercera fase de la modernidad (las “grandes aceleraciones” corresponden de hecho a su primera y segunda fase). Evidentemente, la utilización de combustibles fósiles aumenta a medida que crecen las economías y el consumo se expande de forma continua, globalmente y ahora calcado en la desigualdad creciente.

Lo que esto implica será el tema para la última parte de este comentario.

## II

En gran medida, *Policrisis* se dedica a la cuestión ambiental y climática. La crisis actual, en este sentido, implica la ruptura del ciclo normal de la “naturaleza” y del pacto intergeneracional, dejándoles a los jóvenes un planeta averiado, dañado, roto. Además, hay una clara asociación entre crisis climática y extractivismo. Frente a esto, según Svampa, una transición de “régimen socioecológico” es inevitable. La cuestión es cómo se dará, a favor y en detrimento de quién, con o sin justicia. En el centro de esta transición está la energía – como “bien comunitario” o en las manos de las grandes corporaciones y de los Estados, agravando la deuda ecológica de los países del Norte global frente a los del Sur global, o revirtiéndola. Svampa utiliza incluso un término que propuso en un artículo con Breno Bringel que – en la dirección de aquellos que se refieren al “Consenso de Washington” o, en sus términos, “Consenso de las Commodities” – señala un “Consenso de la Descarbonización” de cuño capitalista neocolonial – con una especie de “colonialismo

verde”. Se perpetúa la reprimarización de las economías latinoamericanas (y africanas). Las nuevas energías son así producidas de forma centralizada y para la exportación, profundizando un tipo de neoextractivismo mineral o con otras materias primas (hidrógeno verde, madera de balsa para la explotación eólica, etc.). Pero es necesario tener cautela con la narrativa del “colapso”, nos advierte Svampa, para que no sea reducida a la distopía o a la catástrofe, pues es posible cambiar esta situación mediante la “intervención colectiva”.

Los *Green New Deals* se convierten, en estas circunstancias, en el Norte, en un marco de confluencia discursivo-política. Se han realizado inversiones en proyectos de transición, pero también en combustibles fósiles e incluso en “energías extremas” (*offshore* y *fracking*), como una “adición” más que una sustitución de las nuevas energías renovables a la matriz tradicional. Predomina una “narrativa tecnocrática-capitalista” que privilegia la tecnología como solución, profundizando las desigualdades y la mercantilización de la “naturaleza”. Se fuerzan cada vez más las “fronteras planetarias” y se crean nuevas “zonas de sacrificio” en la periferia, mientras centellea en el horizonte la geoingeniería, con sus graves riesgos y la profundización del paradigma “antropocéntrico”, y los mercados de carbono. Queda excluido el cuestionamiento del dogma del crecimiento económico, mientras que se retomarían elementos del Consenso de Washington, desechando, además, la gobernanza democrática de la crisis climática (centrada entonces en las grandes corporaciones, los actores financieros y organizaciones como la Organización de las Naciones Unidas, la Unión Europea y el Banco Mundial). La relación de China con la periferia, por otro lado, es la misma de los países capitalistas tradicionales, produciéndose un “neoextractivismo” profundizado en “clave dependentista”.

Pero Svampa va más allá de este diagnóstico sombrío. Sin embargo, primero cumple con un compromiso con los progresismos latinoamericanos, que hace mucho han naufragado.

Svampa conoce bien la situación latinoamericana en general, pero tiende a teñir su narrativa con elementos de la coyuntura argentina, donde el kirchnerismo fue de hecho sostenido por una energía social transformadora y democratizadora (el cual finalmente engulló, intencionalmente, todas las demás fuerzas de izquierda, salvo los resistentes trotskistas). Al agotarse ese kirchnerismo, sufren las fuerzas de donde esa energía se origina. La apuesta de esos progresismos fue por la reprimarización y por el “neoextractivismo” – con un consenso incluso entre izquierda y derecha de que sería imposible no adoptarlo. Se configuró una especie retorcida de “nuevo desarrollismo”,

con las izquierdas de este subcontinente privilegiando, como siempre, la lucha entre capital y trabajo en detrimento del reconocimiento de la explotación de la “naturaleza” por el capital. Sin un proyecto alternativo y ya agotados, los progresismos ahora bloquean la imaginación política. Es en ese contexto que surgen las derechas radicales, con su estrategia de “polarización asimétrica”, “manipulación de emociones” e invalidación del “otro”, con un modelo autocrático de poder, sin ofrecer, sin embargo, soluciones para la “crisis múltiple”. Ofrecen una “utopía reaccionaria” – Javier Milei constituye el foco de esa descripción de Svampa.

En fin, Svampa nos indica las alternativas a largo plazo. La crisis “socioecológica” nos lleva a relativizar el dualismo entre “naturaleza” y “sociedad” o “humano”, dándole atención a otras formas de vida y a nuestros vínculos cooperativos con ellas. Por siglos subestimamos la visión organicista de esas relaciones, que aparecen en las ideas de Gaia, Gea o Pachamama. Tiene lugar ahora un “giro ontológico” y despuntan nuevos “conceptos-horizonte”, tales como el Buen Vivir, los derechos de la naturaleza, la justicia ambiental, los bienes comunes, la ética del cuidado y la transición ecosocial justa – con un destaque para la agroecología. Junto al “giro ecoterritorial de las luchas”, se señala la “relacionalidad como apertura” y un nuevo “régimen afectivo”, con mucho protagonismo femenino en los movimientos sociales. Svampa opta entonces por centrarse en las alternativas comunitarias para la transición energética. Estas buscan la desmercantilización, el empoderamiento y la cualificación, la descentralización y la satisfacción de necesidades locales, con una visión holística (energía-agua-alimentos).

Curiosamente, después de enfatizar tanto los movimientos locales, Svampa nos presenta preocupaciones que nos obligan a ir más allá de ellos. Estos se caracterizan por “experiencias innovadoras, pero también vulnerables”; requieren, de hecho, “apoyo institucional y, sobre todo, un marco normativo”. Es más, argumenta que es necesario conectar esas alternativas a pequeña escala con movimientos que propongan transformaciones “tanto de escala nacional como global”. Es ahí donde radica, sin embargo, el problema y los límites del argumento de Svampa. Además de la defensa de la democracia, ella enigmáticamente sugiere que el crecimiento ilimitado no es posible, debido a restricciones ecológicas y físicas, y que, por lo tanto, la base del Estado de Bienestar ya no resulta adecuada. El Estado ahora debería prevenir antes que reparar daños, aunque sus políticas deban ser universales, y aunque su capacidad de mantener puestos de trabajo represente un desafío, sobre todo en áreas como la salud y los cuidados.



### III

Abordemos cada uno de esos problemas. En primer lugar, la democracia. Los demagogos de extrema derecha insisten en denunciar a la “casta” – como en el caso argentino – que dominaría el sistema político (el término “populismo”, en la forma en que se encuentra hoy diseminado, nacido en Argentina, en rigor quiere decir muy poco, más allá de señalar demagogia e irresponsabilidad, así como inclinaciones anti-institucionales). Convocan así a la rebeldía y al cambio total de los grupos políticos dirigentes. Pero es de eso que se trata, de demagogia: ellos rápidamente constituyen una cofradía cerrada y autorreferencial en sus ambiciones de poder y reproducción, si es que no eran parte de aquellos grupos, como lo eran Jair Bolsonaro y otros en Brasil. Una política plebeya se ha destacado – sea en las calles, desde el también argentino “que se vayan todos”, pasando por la Primavera Árabe y las jornadas de 2013 en Brasil, hasta el “estallido” chileno. En gran medida, se lanza contra los ocupantes del sistema político y en parte incluso contra el sistema en sí. El ascenso de la extrema derecha ha sido también una expresión de esto. En América Latina – por ejemplo, fuertemente en Argentina, pero también en Bolivia –, suele defenderse una especie de plebeyismo que, sin embargo, se identifica con figuras de tendencias autoritarias y, al fin y al cabo, usurpadoras de la soberanía popular – desde Perón a los Kirchner, pero también Evo Morales, para señalar un caso extremo reciente.

La cuestión, entonces, no es solamente derrotar a la extrema derecha. A veces, los grandes frentes son necesarios, y, preferiblemente, mucha movilización popular. Svampa está correcta cuando señala que del vaciamiento de las izquierdas surge la fuerza de la extrema derecha, con sus proyectos reaccionarios (si bien hablar de “utopía” en este sentido sea discutible). Es necesario, sin embargo, pensar en una democratización radical de la democracia, de modo de garantizar que aquellos que lleguen al poder de Estado (y también de las organizaciones populares) no disfruten demasiado de su poder como los “pocos” y menos aún el “uno” que gobierna y de hecho ejerce la soberanía al tomar decisiones (aunque sean elegidos por los “muchos”). Es preciso crear diversas instancias, posibilitando la participación directa a través de consejos, referéndums, etc., pero también introduciendo, por ejemplo, tribunales de la plebe que controlen a los “pocos” que gobiernan y que pronto se preocupan por su propio poder. Y, obviamente, es necesario controlar duramente la corrupción, que corroe gravemente las instituciones republicanas y nos es, lamentablemente, tan familiar en América Latina (menos en lo que respecta a los pequeños funcionarios que a los “grandes” hombres y mujeres que se creen en el derecho de practicarla, en nombre del bien común, de forma consecuencialista, o, cínicamente, para su propio provecho). Por otro lado, si queremos ocuparnos de las escalas internacionales y globales, la ONU y su régimen de gobernanza climática son un espacio fundamental.

En segundo lugar, aunque Svampa termine *Policrisis* hablando del Estado de Bienestar y de la economía, el libro no enfrenta adecuadamente estas cuestiones. En realidad, está salpicado de observaciones discutibles sobre los “límites planetarios” (sin que esto sea definido ni argumentado), de la necesidad de cambiar los patrones de consumo y transporte (sin indicar cómo, aunque acierta en tener como blanco principal al 1% que más consume, contamina y calienta el planeta), y sobre una nueva visión de mundo organicista que supere la separación entre “naturaleza” y “sociedad” (sin profundizar la cuestión).

Cabe preguntar, sin embargo, si, en primer lugar, esos “límites” realmente se colocan. Sin duda, Svampa no se opone a la tecnología, aunque no apueste por ella para salir de la “urgencia” climática. Pero su argumento sobre los límites hace eco del infame *Los límites del crecimiento* (1972), aunque no abraza, de ninguna manera, su malthusianismo. Hoy está claro que, al contrario de lo que decían los autores de aquel documento, la población mundial alcanzará pronto su pico y luego comenzará a disminuir. Igualmente, lo que parecen ser límites para el crecimiento hoy, mañana pueden no serlo. De hecho, crecer es crucial para realizar la transición energética. La cuestión es: ¿crecer en qué dirección? En este sentido, es posible tener gran simpatía por las iniciativas y alternativas locales que Svampa describe, pero es difícil ver cómo pueden generalizarse para atender a poblaciones enormes, ciudades de 5, 10, 15 millones de habitantes. Nótese también que si se trata de un cambio climático que se configura como una crisis o incluso una emergencia, será dentro del capitalismo que sus soluciones tendrán que ser encontradas. Desconocer eso es una de las debilidades fundamentales del ecosocialismo y también de la reflexión de Svampa. Los localismos que ella y otros defienden son insuficientes.

Es realmente imposible defender que los más pobres y sobre todo aquellos que viven en la periferia y en la semiperiferia del capitalismo deban renunciar a aumentar su nivel de consumo. Svampa no argumenta en esa dirección, de hecho; pero el corolario de su argumento contra el crecimiento no puede ser otro. Ni Serge Latouche, que un poco inventó la idea de “decrecimiento”, sostiene ya ese tipo de posición. Está claro que vale más apostar por la salud, la cultura, el cuidado y la educación. Pero los productos materiales y los viajes – aun prescindiendo en gran medida de los vehículos individuales, e incluyendo la prohibición del uso de aviones privados – no deben ser desestimados, pues se trata de una aspiración justa y positiva de muchos en el mundo, como bien lo saben las clases medias. En fin, el desarrollismo de los años 1930-1970 se valía de los recursos de la agricultura de exportación para financiar la industrialización de nuestros países, si bien sólo en algunos de ellos esto tuvo realmente resultado. Este es necesario



para la construcción del propio Estado de Bienestar. El desarrollo no es simplemente un “mito”. No debe ser reificado ni confundido simplemente con crecimiento, pero es, como tal, positivo y necesario. A esto fue a lo que renunció, en buena medida, el Nuevo Desarrollismo de las últimas décadas. No es fácil retomarlo, pero es necesario hacerlo, al menos en parte, sobre todo como una apuesta por las tecnologías avanzadas, incluyendo, pero no únicamente, aquellas que nos sirven para la transición energética. De lo contrario, la distancia entre los países centrales e incluso China, que intenta emerger de la semiperiferia (como país de renta media), solo se ampliará frente a las periferias e incluso las semiperiferias desindustrializadas, debilitando la posición de estas últimas en la nueva geopolítica global.

No es una crisis civilizatoria lo que estamos viviendo hoy, a pesar de la confusión típica de las fases de transición y de amenaza inmediata del calentamiento global. Tampoco se anuncia una transición más allá del capitalismo, del Estado moderno, de un Antropoceno inevitable. La cuestión es cómo vamos a vivir en la modernidad en su cuarta fase, que por ahora se presenta como alarmante: destructiva, desigual y autoritaria. Esto no es, sin embargo, inevitable. Cumple domesticar – de nuevo y más ampliamente – al capitalismo, abriendo dentro de él espacios para el cooperativismo y la planificación democrática; democratizar, desoligarquizando, la democracia y buscar un Antropoceno con justicia y derechos, con un fuerte Estado de Bienestar y relaciones menos violentas y explotadoras con la “naturaleza”. Hay, sí, destellos de otras maneras de pensar y estar en el mundo, más allá del concepto occidental y moderno de “naturaleza” (entre ellas no creo que esté la antropomorfización del planeta tal cual Lovelock sugirió en la “hipótesis Gaia”). Pero estamos muy lejos de una transición civilizatoria. Seguimos en la modernidad y es fundamental empujarla en una dirección emancipatoria. Si la crisis climática es causada, concretamente, en gran medida por el capitalismo, esta cuarta fase de la la modernidad, en la que este también despliega su cuarta fase, puede – y solo puede, todo depende de luchas y reflexión – producir respuestas menos destructivas. Nada de esto milita en contra de la defensa y del apoyo a las alternativas locales y más delimitadas de las que nos habla Svampa. Estas solo pueden, en contrapartida, florecer en el marco de una coalición más amplia.

Esa coalición tiene que incorporar las grandes mayorías, con sus deseos reales, sumando fuerzas distintas, plebeyas, populares, de las clases trabajadoras asalariadas, sectores amplios de las clases medias, trabajadores de plataformas y campesinos, e incluso empresarios y corporaciones. Será heterogénea o no será. Así, proyectos como los *Green New Deals* son cruciales, y a ellos se puede acoplar el apoyo a alternativas locales, surjan o no de ellas soluciones más generales,

restringiendo la expansión del “colonialismo verde” y utilizando lo que de él permanezca para proyectos de desarrollo industrial y tecnológico. No hay opciones fáciles, pero el partido está por ser jugado. Es necesario elegir la estrategia correcta.

Rio de Janeiro, 3 de julio de 2026.  
Original en portugués publicado el 16 de octubre de 2025.